

La Fundación Biblioteca Ayacucho en el marco de las políticas culturales de la Revolución Bolivariana y el Socialismo del Siglo XXI (1999-2008)

Yorgy Andrés Pérez Sepúlveda
Universidad Simón Bolívar
sepulvedaandres@gmail.com

Resumen

La Fundación Biblioteca Ayacucho inicia sus actividades en medio de unas circunstancias que colocaban a Venezuela en una posición favorable frente al resto de las naciones vecinas de América Latina y el Caribe. Su conformación honra el trabajo y la mística de Ángel Rama, uno de sus principales artífices. Ahora bien, es necesario analizar el papel que desempeña esta editorial dentro del marco de una serie de transformaciones desarrolladas a partir de la llegada al poder del presidente Hugo Chávez Frías. La Fundación Biblioteca Ayacucho no está al margen de los cambios promovidos por la *Revolución Bolivariana* y las políticas culturales orientadas hacia el establecimiento de un Estado nacional que se plantea como alternativa ante los retos de la Globalización, a través de la implementación del *Socialismo del Siglo XXI*. En este sentido, es importante analizar el contexto actual y las implicaciones con la producción de una de las principales referencias editoriales del hemisferio latinoamericano y caribeño.

Palabras claves: Políticas culturales, políticas editoriales, canon latinoamericano, mercado, globalización.

Abstract

The Biblioteca Ayacucho Foundation begins its activities in the middle of certain circumstances that placed Venezuela in a favorable position in front of the rest of the Latin American and Caribbean Nations. The constitution of the Biblioteca Ayacucho honors the work

and dedication of Ángel Rama, one of its main architects. However, is important to analyze the role of this publishing house in the framework of a series of transformations developed by the government of Hugo Chávez since his coming to power. The Biblioteca Ayacucho Foundation is not at the margins of the changes encouraged by the Bolivarian Revolution and the cultural policies that have been oriented towards the constitution of a National State, which is seen as an alternative before the challenges presupposed by the Globalization, an alternative that is implemented by the means of the 21st Century Socialism. In this sense, is important to analyze the implications of this context on the work of one of the most important publishing houses of the Latin American and Caribbean hemisphere.

Key words: Cultural Policies, Editorial Policies, Latin American Canon, Market, Globalization.

A Paulette Silva Beauregard

Ocurre que si la crítica no constituye las obras, sí constituye la literatura, entendida como un corpus orgánico en que se expresa una cultura, una nación, el pueblo de un continente, pues la misma América Latina sigue siendo un proyecto intelectual vanguardista que espera su realización concreta

Ángel Rama

Desde su fundación en 1974 la Biblioteca Ayacucho se ha definido como una instancia que busca resguardar y promover la literatura de Latinoamérica y el Caribe. Posee un extenso catálogo que abarca desde documentos y relaciones coloniales, hasta poesía, ensayo, historia, cuento, novela, crónica, crítica, entre otros. Por ser un proyecto continental, ha contado con un sin número de especialistas para su producción, figuras destacadas del ámbito cultural del continente. Entre ellos, el crítico literario Ángel Rama, fundador del proyecto junto al poeta José Ramón Medina, el filósofo Leopoldo Zea, el ensayista e intelectual Roberto Fernández Retamar, el

sociólogo Ramón Escobar Salom, el historiador Ramón J. Velásquez, etcétera. La Fundación comienza su existencia como institución a partir del 10 de septiembre de 1974, según decreto presidencial n° 407, en el marco conmemorativo del sesquicentenario de la Batalla de Ayacucho, dirigida por el mariscal Antonio José de Sucre el 9 de diciembre de 1824. Luego vendría una serie de etapas donde el establecimiento de una comisión editorial sería el primero de uno de los tantos requisitos para poder elaborar los criterios de la colección. En 1975 se lleva a cabo la conformación de un nutrido grupo de especialistas latinoamericanos para lograr coordinar esfuerzos que hagan posible la realización del fondo editorial. Y ya para el siguiente año, en el II Seminario de Cultura Latinoamericana, se elaboran los últimos términos y se publica el primer tomo correspondiente al pensamiento de Simón Bolívar¹.

Desde 1999, año en el que asume la presidencia el teniente-coronel Hugo Rafael Chávez Frías, el país se enrumba por nuevos derroteros, entre los que destaca la redacción de una carta magna que se instaure como la base formal y jurídica de los cambios políticos en Venezuela. La Constitución de la República Bolivariana de Venezuela, como primera referencia legal, proporciona una serie de principios relacionados con las instituciones y entes protagonistas del campo cultural. En el *Título III: De los derechos humanos y garantías, y de los deberes, Capítulo VI: De los derechos culturales y educativos*, los artículos 99 y 102 delimitan el espacio de acción del Estado en cuanto a la cultura. El primero reza:

Los valores de la cultura constituyen un bien irrenunciable del pueblo venezolano y un derecho natural que el *Estado fomentará y garantizará, procurando las condiciones, instrumentos legales, medios y presupuestos necesarios*. Se reconoce la autonomía de la administración cultural pública en los términos que establezca la ley [...] (*Constitución de la República Bolivariana de Venezuela*: 105).

El segundo artículo dice:

[...] La educación es un servicio público y está fundamentada en el respeto a todas las corrientes del pensamiento, con la finalidad de desarrollar el potencial creativo de cada ser

humano y el pleno ejercicio de su personalidad en una sociedad democrática basada en la valoración ética del trabajo y en la participación activa, consciente y solidaria en los procesos de transformación social, *consustanciados con los valores de la identidad nacional y con una visión latinoamericana y universal* [...] (107-109)².

En el artículo 99 queda clara la participación del Estado como tutor de la promoción de valores culturales, imagen protectora que busca articular su axiología con la solidaridad latinoamericana y universal, como contempla el artículo 102. De esta manera, la actividad del sector público es un poderoso actor que, en cierta forma y comparada con las iniciativas privadas, absorbe la mayor parte de las actividades, instituciones, plataformas, capital humano y financiero dentro del campo cultural. El Estado, visto como la forma institucionalizada de organización colectiva con la mayor suma de consenso y participación posibles, se perfila como el elemento de refracción artístico-cultural con más capacidad para dinamizar los cambios y transformaciones conducentes a la mejora de las normas de convivencia y a la ampliación del sistema democrático, bien sea a través de actividades subsidiadas en el sector educativo o de la creación de fuentes de empleo, entre otros elementos. Dentro de la educación como bien público, la labor de las editoriales resulta fundamental. De allí la importancia de las editoriales del Estado, adscritas al Ministerio del Poder Popular para la Cultura: Monte Ávila Editores Latinoamericana C.A., Fundación Editorial El Perro y La Rana, y Fundación Biblioteca Ayacucho.

El Estado venezolano en su trayectoria democrática ha asumido la responsabilidad de ser benefactor y promotor de la cultura. Para ello, se ha valido de una serie de políticas que abarcan desde instituciones hasta financiamientos, incluyendo el trabajo conjunto con el sector privado. En este sentido, esta figura de Estado proteccionista se articula eficazmente con una plataforma institucional, técnica, financiera y humana para desarrollar políticas culturales de manifiesto orden público, con un grado de inclusión y participación efectiva de los diferentes sectores sociales de la población venezolana, así como intelectuales y artistas de distintas tendencias

ideológicas, por lo menos a nivel de discurso oficial. Sin embargo, lo anterior no fue totalmente cierto en la práctica de las políticas democráticas, debido a la predilección que muchas veces se tenía en torno a la “alta” cultura, así como la profunda centralización de éstas en la ciudad de Caracas. Se podría decir, entonces, que el ejercicio de la cultura estaba direccionado más bien hacia la exclusión. Ahora bien, esa es la historia previa a los cambios sufridos en el país desde el arribo al poder del presidente Chávez, el cual busca armonizar todos los medios del Estado en función de un proyecto político denominado *Revolución Bolivariana* o *Socialismo del Siglo XXI*. Este nuevo impulso permite redefinir el papel que juega la cultura como medio o espacio utilizado para la materialización de dicho proyecto. Igualmente, asoma la posibilidad de enmarcar las acciones de los diferentes organismos y figuras adscritas a la actividad artística e intelectual del país en función de unos dictámenes que emanan del Poder Ejecutivo. Con la eliminación del Consejo Nacional de Cultura (CONAC) y la transformación de este en una cartera ministerial, comienza una etapa distinta y sujeta aún a observación sobre los posibles efectos que pueda producir en la sociedad venezolana. No obstante, es necesario hacer énfasis en el profundo cariz político e ideológico que se está conformando desde el Ministerio del Poder Popular para la Cultura y su adhesión pública y notoria para consolidar un proyecto que está más allá del papel del Estado definido por la propia constitución en el campo cultural. Las transformaciones sufridas en el campo cultural en los últimos años avizoran una tendencia centralizadora que opera sobre postulados políticos e ideológicos que no responden a los lineamientos constitucionales en un orden estricto; pues, en este último, se estipula que las instituciones deben trabajar de forma autónoma en la búsqueda por establecer mecanismos democráticos y alternativos que garanticen la continuidad y prosecución de los distintos organismos y entes públicos encargados de promover, desde instancias oficiales, una visión amplia de la producción artística e intelectual. Por el contrario, notamos la intervención del ejecutivo en función de concatenar la cultura con un proyecto de país que rebasa el propio marco institucional democrático, de consenso y base plural e incluyente.

El gobierno actual ha venido fomentando, a través de la creación de distintos entes denominados “Misiones”, el carácter socialista que debe privar en materia educativa, política, social y cultural en el país: la Misión Ribas, Misión Sucre, Misión Robinson I y la Misión Cultura, Corazón Adentro, son parte de estas soluciones para encarar y servir de vanguardia al proyecto revolucionario que encabeza el presidente Chávez³. Al respecto, el anterior ministro de cultura, Héctor Soto, comenta:

Tenemos la tarea de construir la estética de la Revolución Bolivariana. Esto no tiene nada que ver con la represión de socialismo real, sino con creadores comprometidos con el pueblo. Los artistas de derecha que busquen su nicho y su dinero en la derecha. El ministerio promueve a los que contribuyen a erigir la estética revolucionaria (Entrevista a Héctor Soto por Manuel López, *Todos Adentro*, Sábado 4 de octubre de 2008: 20-21).

Es clara la posición que maneja Soto con respecto a quiénes son los que deben participar en las políticas culturales del Estado. Asimismo, destaca el papel centralista que intenta imponer el recién conformado ministerio. Estas declaraciones poseen una correspondencia inmediata con las que emitiera el también otrora ministro de esa cartera, Francisco Sesto, quien declaró:

Si lo que queremos es diferenciar esta cultura, la nuestra, la integral, la integradora, la del pueblo que somos, la que reúne múltiples culturas en su seno, si lo que queremos es diferenciarla, digo, de la cultura exquisita de las elites, entonces diferenciamos la de ellos. *La nuestra es la cultura*. La de ellos es... bueno, vamos a inventarle un nombre. Dibujémosle un adjetivo al lado, como quien le dibuja un bigote cómico a la fotografía de un personaje (Cit. por Kozak, 2006: 105).

Es clave el recurso del ex-ministro de comprender la cultura como una suerte de metonimia del proyecto de la *Revolución Bolivariana*.

El campo cultural (Bourdieu, 1997: 400), definido como un espacio de poder donde destaca la participación de instituciones, entes, museos, academias, y demás organizaciones y figuras como

la del escritor, editor, crítico, artistas, entre otros, queda regulado y suscrito en el panorama venezolano actual a unas políticas donde lo que no se articula con el llamado *Socialismo del Siglo XXI* queda excluido y poco menos que desasistido en la dinámica intelectual y artística. La cultura, como fundamento de pluralidad y garantía de participación democrática, es anulada frente a un gobierno que centraliza todos los esfuerzos en materia cultural con el objetivo de crear una plataforma que responda y afiance un proyecto político que rebasa, en sus mismas intenciones, la capacidad de transformación de la sociedad, vista esta última como un trabajo en conjunto capaz de aglutinar y coexistir incluso con la disidencia al gobierno. Ahora bien, cabría preguntarse sobre el papel que desempeña una institución de viejo cuño, como es el caso de la Biblioteca Ayacucho, dentro de las políticas culturales desarrolladas por el gobierno de Hugo Chávez. En las siguientes páginas intentaremos, *grosso modo*, responder a este planteamiento.

El desempeño de la Biblioteca Ayacucho en el marco de las recientes políticas culturales

La Biblioteca Ayacucho nace como un proyecto cultural bajo la primera presidencia de Carlos Andrés Pérez (1974-1979), amparado por una economía en crecimiento debido al precio del barril de petróleo en el mercado internacional, aunado a una redefinición de Venezuela como nación líder en el hemisferio latinoamericano y caribeño. En este sentido, la idea de crear un fondo editorial que sirviera como una suerte de enciclopedia del continente superó en muchos sentidos las iniciativas anteriores, como es el caso de Biblioteca Americana, Fondo de Cultura Económica, Casa de las Américas, entre otras. Una colección que agrupara más de quinientos títulos de diferentes autores, personajes y procesos de la historia latinoamericana, incluyendo a Brasil y los países del Mar Caribe es el intento de los fundadores de esta editorial, cuyo fin no es la producción del libro como artículo de mercado, sino más bien la cultura como un recurso capaz de generar una óptica de unión de los pueblos del hemisferio luso-franco-español del continente americano:

La visión que la Fundación proyecta es la de una institución que aspira a consolidarse, como monumento editorial de la cultura intelectual latinoamericana, a fin de preservar la memoria de todas las manifestaciones de dicha cultura, para las presentes y las futuras generaciones. Además, se propone ampliar la presencia de la cultura intelectual latinoamericana en la actividad editorial y consolidar el soporte institucional que asegure el desenvolvimiento del proceso editorial para garantizar la preservación y difusión de la memoria cultural latinoamericana e hispanoamericana (Soler, 2007: 2-3)⁴.

El papel desempeñado por los intelectuales, escritores invitados y los encargados de coordinar el proyecto editorial de la Biblioteca Ayacucho se enmarca dentro de una visión latinoamericanista de la literatura en diversos géneros. De esta manera, América Latina pasa a ser una enunciación de primera línea en los postulados conceptuales de las obras que debían formar parte del catálogo inicial, y a proporcionar, entonces, una visión de canon⁵. Con respecto al latinoamericanismo como constructo teórico y referencial del campo cultural, José Aricó afirma:

Cuando hablamos de América Latina evocamos una realidad reconstituida que no es tal, que en los hechos es un ‘agujero negro’, un problema abierto, una construcción inacabada [...]: un proyecto a realizar. [...] Como proyecto incumplido está siempre instalado en nuestro horizonte y nos obliga a preguntarnos por nuestro destino, por lo que realmente somos o queremos ser (Cit. por Del Sarto, 2003-4: 331-332).

En la actualidad, el concepto de latinoamericanismo ha pasado por un proceso de cuestionamiento y crítica que observa cómo los intentos por darle al continente una imagen de unidad bajo la cual pueda asirse y, a partir de allí, conformar un frente geopolítico, económico y cultural estratégico, han sido entendidos como parte de un deseo de totalidad debido a los cambios ocurridos en la década de los sesenta:

Hoy en día, ese “objeto” (eficiente y tenue a la vez) que es el latinoamericanismo se ha convertido en *fetiché*, que al ser desmitificado mediante la reflexión metacrítica no sólo derrumba la “realidad social construida” (como ideología,

en tanto cultura, en el plano simbólico) sino que además, al tratar de negarle ese efecto-de-verdad, escamotea su condición medular, es decir, su materialidad social (“lo real o la realidad social” en América Latina) (333).

De acuerdo con lo anterior, el latinoamericanismo enmascara diversos propósitos y proyectos políticos, intelectuales y académicos desde los cuales son desplazados elementos que son parte de la realidad del continente, por otros de naturaleza aparentemente unívoca, aun en medio de la diversidad. En cuanto al papel que desempeña la literatura dentro de esta categoría conceptual, ella resulta una suerte de utopía totalizadora que no responde a la realidad heterogénea de la producción narrativa ficcional y/o simbólica del continente:

La presente multiplicidad y fragmentación de la producción cultural en Hispanoamérica exigiría un nuevo concepto de literatura que permitiera dar cuenta de la fragmentación. O, simplemente, abandonar la pretensión universal de la noción de literatura hispanoamericana y hablar de literatura en plural (Achugar cit por Daroqui, 1998: 17).

El reto contemporáneo convoca a rebasar el latinoamericanismo como práctica discursiva y retórica, en un intento por hallar significados que den muestra de las transformaciones sufridas por los pueblos del continente en el último tercio del pasado siglo, incluyendo lo que va del presente. En este sentido, el concepto de latinoamericanismo responde a un contexto histórico específico donde se estaban operando cambios en el plano ideológico y material del continente. De allí el condicionamiento, las limitaciones, la exclusión y marginaciones que también supone su uso.

Ahora bien, la editorial contempla varias colecciones, las cuales son: Colección Clásica, Colección Claves de América, Colección la Expresión Americana, Colección Claves Políticas de América, Colección Documentos, Colección Paralelos, Colección Futuro y, por último, el DELAL⁶. La Colección Clásica es la más conocida de la Biblioteca Ayacucho, consiste en la agrupación de títulos que abarcan desde el período prehispánico hasta nuestros días. En cada libro se encuentra un prólogo de un especialista, seguido de una cronología y

una bibliografía. La importancia de esta colección radica en su intento por conformar una enciclopedia del pensamiento latinoamericano y, a la vez, una suerte de sentimiento de comunidad continental. La Colección Claves de América es una versión de bolsillo y para todo público lector que abarca temáticas de la Colección Clásica, así como otros temas artísticos y estéticos a manera de ensayo. La Colección Expresión Latinoamericana consiste en la agrupación de biografías, autobiografías, memorias y demás materiales de naturaleza ensayística sobre la vida y obra de los autores publicados en las otras colecciones, con el objeto de ampliar el estudio de la cultura latinoamericana. Colección Claves Políticas de América es parte de una iniciativa que intenta observar en conjunto la historia de los movimientos políticos del continente latinoamericano y caribeño, sus principales actores y las figuras que han dejado huella en su devenir. La Colección Documentos consiste en textos referenciales elaborados por equipos interdisciplinarios, así como iconografía y demás materiales de autores de las demás colecciones. La Colección Paralelos agrupa textos que abordan contenidos especializados sobre algunas de las obras y/o autores de la Colección Clásica. La Colección Futuro contiene obras de autores contemporáneos reconocidos por la crítica literaria; constituye una apuesta al porvenir de las letras del continente y una visión fresca del canon. Por último, el Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina (DELAL) es una entrega en tres tomos producto de una investigación ardua que intenta rendir cuentas acerca del acervo biobibliográfico, cultural e histórico de la literatura del continente; en sí misma, resulta una obra monumental y pieza clave para los estudiosos de la cultura latinoamericana.

Es importante destacar que la Colección Clásica resulta la primera de la Fundación Biblioteca Ayacucho; luego se incorporaría la Colección Documentos, a partir de 1978, así como la Colección Paralelos, en 1982. A partir de 1988, comienza el proyecto del DELAL y para 1995 sale publicado el primer tomo. En la década de los noventa ingresan la Colección Claves de América y la Colección Expresión Americana. En el año 2000 se crea la Colección Futuro y en el 2006 ingresa la Colección Claves Políticas de América⁷. De esta manera, el proyecto original ha sido modificado para ampliar el

panorama de la producción literaria y cultural del continente. Por eso, la labor de la Biblioteca Ayacucho debe ser vista como una tarea en constante elaboración, dispuesta a seguir trabajando con el legado de Ángel Rama y José Ramón Medina como base primordial, junto a la incorporación de nuevos criterios que dan muestra de la capacidad de renovación y complejidad del campo cultural.

Por su naturaleza, las colecciones de la Biblioteca Ayacucho se apoyan en la tradición literaria del continente, en la actividad promovida alrededor de personajes de la historia y figuras representativas del arte y la literatura. En este sentido, la Colección Clásica ha servido para (re)construir y reforzar el canon latinoamericano y latinoamericanista por excelencia, incluyendo autores y títulos conocidos sólo entre especialistas, círculos pequeños o dentro de las fronteras nacionales; por lo tanto, la publicación de una diversa gama de autores permite pensar en la importancia que poseen las colecciones de la Fundación como un gesto que los consagra. Al respecto, Carlos Pacheco y Marisela Guevara Sánchez comentan: “el latinoamericanismo se tradujo en múltiples esfuerzos por investigar, documentar y expresar diversas facetas de una ansiada *identidad* latinoamericana, identidad que se fue haciendo cada vez más esquiva a medida que se la reconocía dinámica, plural, heterogénea y contrastiva” (Pacheco y Guevara, 2003-2004: 115). La imagen de una América Latina unida a través de la cultura fue requisito indispensable y base de la estructuración en torno a la Biblioteca Ayacucho. Ella constituye en sí misma la razón de ser del fondo editorial. Hablar de canon en la literatura continental implica establecer una serie de pautas sobre lo que se intenta integrar por encima de aquello que se excluye; es decir, todos los intentos por establecer qué es literatura o qué autores deben ser leídos, mientras que otros son dejados a un lado, es tema que no solo abarca la posibilidad de analizar el campo cultural y sus relaciones, sino también por otorgar un significado e identidad a pueblos que se han visto en la necesidad ideológica, conceptual y material de *inventarse* a sí mismos y construir un criterio sobre el cual debe estar estructurada una nueva faceta de la historia continental, donde la cultura funciona como instrumento de cooperación y, a la vez, proporciona una sensación de comunidad imaginada.

Pese a todos los esfuerzos que se han hecho por establecer unas bases sólidas sobre las que debe reposar el accionar político, social y cultural latinoamericano, aún queda mucho por hacer. Los intentos de inclusión, según Susana Zanetti, generan poco menos que renuencia y escepticismo:

[...] Los cánones en América latina son, en verdad, nacionales, y las obras que los integran se proyectan de modo fluctuante hacia ese otro canon mayor. Es esta una comprobación fácil en cuanto se revisan los manuales destinados al estudio de la literatura latinoamericana en los distintos países de América en los que existe la disciplina, disciplina que, por otra parte, comienza realmente a conformarse y a entrar en la universidad y en las escuelas, con suerte, en las primeras décadas de este siglo [...] (Zanetti, en Cella, 1998: 97).

No obstante, ello contrasta con las actividades llevadas a cabo por destacados personajes del ámbito intelectual, tales como Rufino Blanco Fombona, Pedro Henríquez Ureña y Ángel Rama, todos estudiosos de la literatura del continente. Sus esfuerzos siempre estuvieron dirigidos hacia la conformación crítica y analítica de una *cultura latinoamericana*. En este sentido, la idea de un *canon de la literatura latinoamericana* no se encuentra enmarcada en su sentido más laxo y/o tradicional⁸, sino que responde, más bien, a un esfuerzo vanguardista por nombrar y fundar lo que aún no ha sido dicho ni tampoco edificado. Es decir, apunta a la idea de una comunidad cultural capaz de agrupar en su seno la totalidad de los pueblos que habitan el hemisferio latinoamericano y caribeño; la sencilla imagen de un continente único ya adulto y capacitado para dar la cara en colectivo al resto del mundo. El *latinoamericanismo* es una suerte de profecía que se va proyectando y configurando en el tiempo. El canon literario latinoamericano no nace del pasado sino de las reflexiones e incertidumbres del presente; es una criatura que aún se encuentra en período de gestación en algún vientre del porvenir. El canon elaborado bajo las políticas editoriales de la Biblioteca Ayacucho no puede pensarse en términos inamovibles, o como una definición acabada y que se agota con los autores y títulos incorporados al programa fundacional, sino como un espacio en construcción que lleva, o debería llevar, a la negociación y la inclusión. En este sentido, pensamos en

la Fundación como una apuesta al futuro, dentro de los límites del conocimiento literario y cultural acumulado hasta el momento, por parte de aquellos que pensaron promover una plataforma literaria de los pueblos del continente.

Toda esta labor de la editorial se articula en una visión de la cultura como instrumento, un espacio donde las instancias públicas, con apoyo de recursos tecnológicos de difusión masiva de la información y presupuestos dirigidos hacia la conformación de políticas culturales que logren hacer efectiva la democratización del conocimiento, es una figura clave que determina la producción del campo en el marco de una educación que busca la igualdad y la reducción de asimetrías creadas por la economía y la sociedad debido a la participación de un mercado que limita el acceso a la información. Sin embargo, la división ilusoria entre la cultura y el mercado en la actualidad permite redefinir el papel de ambos en las actividades humanas, lo cual causa una cierta incertidumbre a la hora de edificar políticas culturales conforme a la tradicional figura del Estado. Por el momento, las transformaciones en las últimas dos décadas de la economía, la política y la sociedad hacen que la cultura se vea en la necesidad de negociar y, por ende, pensar en la formulación de una dimensión distinta de la producción artística e intelectual; un juego donde los factores públicos y privados se unen para edificar nuevos espacios de relaciones humanas; una tentativa que conduce a la utilidad del mercado como elemento capaz de generar una idea más dinámica de ciudadanía, de nación, región, continente y mundo⁹. Lo anterior, en última instancia, se define como *Globalización Cultural*, aspecto que se desprende de la economía capitalista. Podríamos pensar que esta tendencia intenta implementar una cultura global, amparada en la visión de una gran aldea humana, factor de ruptura de los límites trazados por las prácticas nacionales y regionales; sin embargo,

[...] la mundialización, es un proceso que se hace y deshace incesantemente. Y en ese sentido sería impropio hablar de una “cultura global” cuyo nivel jerárquico se situaría por encima de las culturas nacionales o locales. El proceso de mundialización es un fenómeno social total, que para existir se debe localizar,

enraizarse en las prácticas cotidianas de los pueblos y los hombres (Ortiz cit. por Barbero, en Lasarte, 2001: 37).

La cultura vendría a formar parte de los cambios sufridos por el capitalismo en los últimos tiempos. Y, como corolario, tendríamos un espacio de diálogo y participación generado por el mercado que apunta en diferentes direcciones y sin capacidad de contención:

Entre el atrincheramiento fundamentalista y la homogeneización mercantilizada hay lugar para estudiar y discutir qué puede hacerse desde las políticas culturales a fin de que las alianzas económicas no sirvan sólo para que circulen libremente los capitales sino también las culturas [...]. “Lo latinoamericano” no es un destino revelado por la tierra ni por la sangre: fue muchas veces un proyecto frustrado, hoy es una tarea relativamente abierta y problemáticamente posible (García Canclini cit. por Barbero, en Lasarte, 2001: 46).

Toda esta situación genera un estado permanente de transformación del campo cultural; una dinámica que, apoyada en el mercado, como la imagen de una autopista donde se desplazan diferencias y se intercambian valores simbólicos, tiene como principal característica la ambivalencia, o simplemente la imposibilidad de definir lo que antes de forma segura era, aparentemente, definible. Así, pues, el mercado resulta un proceso social activo y protagónico de profundos cambios irreversibles. En este sentido, el papel que desempeña una editorial como Biblioteca Ayacucho está sujeto a una modificación no solo relacionada con las políticas culturales del gobierno presidido por Hugo Chávez, sino también con factores globales de transformación de la cultura. A pesar de los continuos señalamientos de las autoridades del Estado en materia cultural, y de sus esfuerzos por articular la ideología del *Socialismo del Siglo XXI*, es necesario tomar en cuenta todas las tecnologías de la información que hacen poco menos que imposible la creación de una cultura unidireccional que sólo se asume y percibe desde la política. No obstante, la situación de Venezuela en esta materia es bastante singular debido a la presencia de un Estado editor frente al cual las iniciativas privadas poseen desventajas; un Estado que se apoya en los ingresos abundantes de la explotación y comercio

de hidrocarburos. A eso sumamos la iniciativa del gobierno nacional por establecer mecanismos y políticas culturales en función de un proyecto totalizador, la llamada *Revolución Bolivariana*. El panorama venezolano no es para nada esclarecedor, pero tampoco desilusiona a los agentes e instancias del campo cultural. Lo que sí es evidente es la lucha de poder y la agudización de los ejes de tensión, una “aparcería” de la producción artística e intelectual. Lo anterior no debe ser tomado en cuenta como una apología del mercado y su participación en la producción de bienes culturales. Simplemente destacamos que, debido a la dinámica contemporánea, no es fácil prescindir de este y de lo que implica.

De acuerdo con lo anterior, la Fundación Biblioteca Ayacucho incorpora a sus actividades aspectos relacionados con los cambios recientes en materia tecnológica, pues una de las medidas utilizadas es la creación de un portal en la *web* donde figura no solo información institucional o el catálogo de las publicaciones, también resalta el interés de la editorial por llevar el libro a otras instancias, como instrumento de difusión cultural, pero esta vez en formato digital. La conformación de *Ayacucho Digital* constituye en sí misma una seria iniciativa por difundir el conocimiento y, a la vez, una visión distinta de acceso a este. Actualmente, cuenta con más de ciento cincuenta títulos publicados en archivo PDF, muchos de ellos con audio para que las personas con discapacidades visuales puedan tener también acceso, aparte de un convenio con la compañía *Google* para proyectar de manera más eficiente los textos digitalizados¹⁰. Por otra parte, la editorial contempla la reedición de varios de sus títulos que se encuentran agotados desde hace un tiempo, así como la incorporación de novedades no previstas en el plan original.

La editorial Ayacucho resulta un espacio de transición entre la cultura tradicional y del pasado del continente, que se suma a los intentos contemporáneos por trazar una ruta de integración latinoamericana. En este sentido, destaca el papel profundamente intelectual, académico y especializado que caracteriza a las colecciones de Ayacucho en sus más de trescientos cincuenta títulos. La imagen de un corpus literario, junto a una idea de integración política y cultural, para los estudios sobre América Latina ha sido siempre el objetivo

de esta editorial; su público consumidor pertenece, entonces, en su mayoría, a la comunidad universitaria. No obstante, en palabras del actual director Humberto Mata, son cada vez más las iniciativas que buscan ampliar el criterio de publicación inicial. Entre las acciones más importantes destaca:

[...] tenemos lagunas no solo con el teatro, pero eso lo reconocemos y te reitero que lo vamos a enmendar poco a poco; también una deuda con la literatura de la mujer, ellas han sido unas desplazadas de nuestro catálogo, no han sido bien estudiadas sino invisibilizadas. Y tenemos otras deudas como son la literatura de los pueblos indígenas y el mundo de las artes plásticas [...] ¹¹.

A 34 años de haber sido fundada, la Biblioteca Ayacucho es una institución que no se encuentra ajena a los cambios promovidos por el gobierno del presidente Chávez. El apoyo financiero que siempre ha recibido del Estado permite mantener su nivel operativo, aunque en estos momentos tenga que formar parte de una iniciativa que busca consolidar el *Socialismo del Siglo XXI* a través de la *Plataforma del libro y la lectura*, donde se encuentran otros entes adscritos al Ministerio del Poder Popular para la Cultura; entre ellos, el Instituto Autónomo Centro Nacional del Libro (Cenal), Monte Ávila Editores Latinoamericana C.A., Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (Celarg), Fundación Librerías del Sur, Fundación Editorial El Perro y La Rana, Fundación Casa Nacional de las Letras Andrés Bello, Distribuidora Venezolana de la Cultura y, por último, Imprenta de la Cultura. Las iniciativas recientes de Ayacucho buscan ampliar, según declaraciones oficiales, el canon original planteado por el equipo coordinado por Ángel Rama. Al respecto, Mata comenta:

El canon original de Ayacucho, que es muy bueno, no tomó en cuenta algunos aspectos que ahora queremos rescatar. No tomó en cuenta las literaturas originarias, la literatura oral. Eso tiene que publicarse. Ayacucho tampoco tomó en cuenta a la mujer, cuya literatura tiene un valor que fue relegado. La mujer fue 'invisibilizada', no en la cultura venezolana solamente sino en la cultura latinoamericana. También tenemos que rescatar la literatura negra, que llaman ahora afrodescendiente, lo cual es

una pésima expresión que nada tiene que ver con la realidad. Asimismo la literatura de las minorías étnicas tiene que ser tomada en cuenta¹².

En este sentido, el análisis del catálogo de publicaciones de la Fundación permite observar que de 245 libros pertenecientes a la Colección Clásica, encontramos tan sólo nueve mujeres, entre ellas: Teresa de la Parra (N° 95), Antonia Palacios (N° 146), Gertrudis Gómez de Avellaneda (N° 152), Clorinda Matto de Turner (N° 186), Gabriela Mistral (N° 189), Sor Juana Inés de la Cruz (N° 197 y N° 198), Olga Orozco (N° 205), Marta Traba (N° 218) y la Madre Francisca Josefa de la Concepción Castillo (N° 239). En la Colección Claves de América, aparece un texto de Sor Juana Inés de la Cruz (N° 26). En la Colección La Expresión Americana, tenemos una obra de Luis Alberto Sánchez, titulada *Flora Tristán: una mujer sola contra el mundo* (n°5). Por último, de la Colección Futuro, está la escritora Diamela Eltit con la novela *El cuarto mundo*. En cuanto a la literatura negrista, en la Colección Clásica encontramos cuatro números: Luis Palés Matos, *Poesía completa y prosa selecta* (N° 32); Nicolás Guillén, *Las grandes elegías y otros poemas* (N° 103); *Cuentos Negristas* (N° 179); y Jacques Roumain, *Gobernadores del rocío y otros textos* (N° 215). La literatura indígena e indigenista posee diecinueve títulos bajo la Colección Clásica: Inca Garcilaso de la Vega, *Comentarios Reales* (N°5 y N° 6); *Literatura del México Antiguo* (N° 28); Ciro Alegría, *El Mundo es ancho y ajeno* (N° 41); *Literatura Maya* (N° 57); Francisco López de Gómara, *Historia General de las Indias y vida de Hernán Cortés* (N° 64); Francisco López de Gómara, *Historia de la conquista de México* (N° 65); *Literatura Guaraní del Paraguay* (N° 70); Felipe Guamán Poma de Ayala, *Nueva crónica y Buen Gobierno* (N° 75 y N° 76); *Literatura Quechua* (N° 78); Fray Bernardino de Sahagún, *El México Antiguo* (N° 80); Juan de Velasco, *Historia del Reino de Quito* (N° 82); Lucio V. Mansilla, *Una excursión a los indios ranqueles* (N° 105); Bartolomé de Las Casas, *Historia de las Indias* (N°108-110); *Testimonios, cartas y manifiestos indígenas (Desde la conquista hasta comienzos del siglo XX)* (N° 178); y Juan María Gutiérrez, *De la poesía y elocuencia de las tribus de América y otros textos* (N° 238). En la Colección Paralelos, se encuentra un texto de Gustavo Pereira, titulado *Costado Indio (Sobre*

poesía indígena venezolana y otros textos). Consideramos que en el proyecto original de la Biblioteca Ayacucho no se tomaron en cuenta criterios de género o de minorías étnicas, aunque la programación nunca fue estática y con el transcurrir de los años han ido ampliando el criterio para lograr una progresiva construcción del canon de América Latina¹³.

La relación que existe entre esta institución de raigambre en la historia cultural de Venezuela y la *Revolución Bolivariana* no es del todo clara; sin embargo, forma parte de la centralización de la cultura a través de un ministerio. Diríamos que es casi forzado concatenar el plan editorial de Ayacucho con las políticas culturales de la presidencia de Chávez, aunque Mata insista en señalar la relación del ente que coordina dentro de la dinámica actual. Según sus palabras: “[...] Casi diría que la editorial fue creada para este momento: el de la revolución de la conciencia, el del despertar de la conciencia del venezolano y del latinoamericano” (*Ibidem*: 3). En este sentido, según lo apuntado por el propio director, Ayacucho es poco menos que una predestinación dentro de los cambios promovidos por la *Revolución Bolivariana*. Aún así, el sentido buscado en la propuesta inicial del proyecto sigue estando vigente, todavía el diseño clásico de los libros de la editorial contempla el fondo negro y la reproducción de obras plásticas latinoamericanas; ideas pertenecientes al argentino Juan Fresán quien, a su vez, formó parte del proyecto desde su fundación.

Finalmente, existen factores extrínsecos que ayudan a definir el papel que desempeña Biblioteca Ayacucho junto a la plataforma editorial creada por las políticas culturales en el marco del *Socialismo del Siglo XXI*. Su alianza con la red de Librerías del Sur, y su brazo clave Imprenta de la Cultura, sumado a las participaciones en ferias nacionales e internacionales donde actúan como embajadores y promotores de la producción literaria latinoamericana, permiten redefinir sus relaciones dentro del campo cultural venezolano y, a la vez, constituir unas bases nuevas sobre las que debe reposar la producción artística y cultural, teniendo como principal tutor la figura de un Estado rentista y protector que termina excluyendo a los agentes privados de dicha dinámica. Un Estado editor que tiene

como principal característica los intentos por hacer de la cultura un recurso, un instrumento capaz de alinear todos los organismos y entes públicos que la conforman en función de un proyecto político-ideológico. Una maquinaria centralista opuesta al modelo de mercado liberal, donde la ganancia y el intercambio generan un modo distinto de aproximación hacia lo que sería la adquisición de productos culturales. En definitiva, el libro para las políticas del gobierno actual es una materialización que sirve de ejemplo y orgullo para la difusión del pensamiento y valores *revolucionarios*, un sesgo que permite entrever una puesta en escena de la masificación editorial mas no de la lectura —esto último aún por definir.

Aproximaciones finales, un intento por comprender la producción editorial venezolana

Las transformaciones del campo cultural, debido a la incorporación de tecnologías de la información, son un hecho que determina en buena medida las políticas culturales. El mercado ha pasado a ser un actor más de la producción artística y cultural, y la globalización hace que las instancias tradicionales modifiquen sus prácticas y actúen de acuerdo con las exigencias y retos actuales. En Venezuela, la figura del Estado ha adquirido un nuevo significado: un Estado empresarial que se amplía apoyado en las ganancias que recibe de la explotación de hidrocarburos, y genera inversiones en otras áreas de la economía, como es el caso de la educación y las editoriales, ambas relacionadas entre sí y coordinadas en aras de unas políticas culturales centralizadas por el Poder Ejecutivo. La Biblioteca Ayacucho es parte de esa dinámica; y los intentos por actualizar su papel como una editorial importante de la producción cultural latinoamericana también se articulan con las políticas de Hugo Chávez, aunque manteniendo una autonomía que se evidencia en el catálogo de publicaciones, además de ingresar a internet como parte de esas demandas contemporáneas. Ciertamente, el libro digital amplía la lectura y la desplaza por otros mecanismos quizás más accesibles y económicos. Al respecto, García Canclini afirma:

La observación de la “tecnosociabilidad” muestra que los recursos de comunicación inalámbrica no son sólo herramientas

sino “contextos, condiciones ambientales que hacen posibles nuevas maneras de ser, nuevas cadenas de valores y nuevas sensibilidades sobre el tiempo, el espacio y los acontecimientos culturales” [...] (2007: 76-77).

Actualmente, la producción de los libros de Ayacucho no tiene convenios con las imprentas privadas, la distribución y comercialización dependen de la Distribuidora Nacional del Libro, órgano adscrito al ministerio cultural. La página de Internet, sumada a la incorporación de la editorial a una red más amplia, podría solventar los problemas de distribución y reedición de libros que padecía en años anteriores. También notamos que la nueva plataforma estatal quizás haría posible una promoción más directa, debido a la apertura de nuevos canales difusores; haciendo la salvedad en el hecho de que el mercado no constituye uno de los objetivos del gobierno actual en materia de producción de libros.

Las políticas culturales del Estado venezolano se manejan en un plano ambivalente, pero no muestran señales de querer conformar un mercado que posibilite una red de comercialización, industrias y fuente de empleos directos e indirectos. De hecho, el Estado no pasa de cumplir un papel paternalista, sin ambiciones por competir en un plano económico, todavía maneja la figura del subsidio, y habría que medir los efectos positivos y negativos que esta situación ha generado en la sociedad. Como diría Sealtiel Alatraste, “[...] la función del Estado, en cuanto a editor, no se puede circunscribir solamente a las ediciones educativas, ni a promover el bajo precio o el regalo de libros pues tiene, evidentemente, otras responsabilidades que atañen a la producción editorial [...]” (En Canclini y Moneta, 1999: 295). Efectivamente, el mercado posee un valor social importante donde no solo figuran el interés y la ganancia sino el intercambio simbólico y la integración de diferentes grupos sociales y hemisferios del mundo. En este sentido, la economía podría trabajar junto a las políticas culturales sin perder por ello el norte o perspectiva de producir conocimiento y democratizar el acceso a la información:

La producción de valores simbólicos y económicos plantea para la concepción tradicional de la cultura una serie de desafíos cuya resolución incide de manera fundamental en la elaboración de políticas públicas. Más aún, muestra que la determinación

del valor económico de la cultura no significa desconocer su valor simbólico y a la vez que es más que posible que el valor simbólico implique un valor económico no siempre visible (Achugar en Canclini, 1999: 368).

Es tiempo, entonces, de incluir al mercado como un aspecto más de la producción cultural. De esta manera, la reflexión que podamos realizar configuraría una nueva forma, mucho más amplia, de la producción artística y cultural en función de una economía implícita capaz de generar dinámicas que plantean inclusiones y exclusiones, pero también de producir efectos de cambio. Se trata de la vieja polémica de la cultura como un espacio puro y sensible frente a la estigmatización del mercado. Los presupuestos conceptuales de Pierre Bourdieu se encuentran vigentes en la medida en que analicemos al arte y al campo cultural como un espacio de poder con sus respectivas estructuras, instancias de legitimación, actores y ejes de tensión, así como su participación en un campo económico; en este caso, ahora más complejo con la llamada *Globalización*. El Estado venezolano, en sus intentos por politizar la cultura y no operar bajo las reglas del mercado vigentes, estaría perdiendo la facultad de intervenir para regular las posibles fallas del sector editorial privado.

Para finalizar, el presente artículo no pretende ser un estudio exhaustivo, ni mucho menos la última palabra, en cuanto al rol que desempeña la Fundación Biblioteca Ayacucho dentro de los recientes cambios en las políticas culturales y el proceso de la *Revolución Bolivariana*. Más bien, corresponde a una lectura panorámica de una institución que surgió en medio de una Venezuela con unas características distintas a la actual, pero que se mantiene como un espacio de construcción del canon de la literatura latinoamericana, función que a lo largo de su trayectoria, salvo períodos de altibajos, ha sabido representar muy bien buscando la manera de convertirse en una referencia cultural de nuestro continente.

Notas

- ¹ Véase: www.biblioteayacucho.gog.ve. Específicamente el link “Quiénes somos”, donde se encuentra información institucional sobre el proyecto de la Fundación.

- 2 Para el presente artículo tomamos las citas de la edición conforme a la Gaceta Oficial N° 5.453 Extraordinario, del viernes 24 de marzo de 2000. El énfasis es nuestro.
- 3 Véase: www.misioncultura.gob.ve. En esta página se encuentra información actualizada sobre las misiones suscritas al Ministerio del Poder Popular para la Cultura, así como de otras coordinadas por distintas carteras ministeriales. Oficialmente, las misiones responden a iniciativas que emanan directamente del Poder Ejecutivo como parte de un proyecto que busca fortalecer los derechos constitucionales del pueblo venezolano. Existen más de 21 misiones con características y funciones distintas; aparte de las ya mencionadas, se encuentran: Misión Árbol, Misión Guaicaipuro, Misión Madres del Barrio, Misión Miranda, Misión Revolución Energética, Misión Robinson II, Misión Vuelvan Caras, Misión Barrio Adentro, Misión Hábitat, Misión Mercal, Misión Negra Hipólita, Misión Zamora, Misión Ciencia, Misión Identidad, Misión Milagro, Misión Piar y Misión Villanueva.
- 4 Yely M. Soler P., Trabajo de recopilación biblio-hemerográfica exhaustiva para la Fundación Biblioteca Ayacucho, págs. 2-3. Informe de Pasantías presentado en enero de 2007 en la Universidad de los Andes para optar al título de licenciatura en Letras. Contó con la tutoría del profesor Gregory Zambrano y además obtuvo una mención honorífica, así como la recomendación de su publicación. Agradecemos a Yely Soler por haber facilitado el material, así como las reiteradas consultas sobre la Fundación Biblioteca Ayacucho.
- 5 El proyecto de Biblioteca Ayacucho estuvo coordinado por Ángel Rama y contó con la participación de un destacado número de intelectuales latinoamericanos. Para ello se llevó a cabo un simposio inicial, con el objetivo de discutir las obras que debían ser incluidas en la Colección Clásica. Entre los invitados estuvieron Leopoldo Zea, Luis Alberto Sánchez, Mario Vargas Llosa, Ernesto Sábató, Tulio Halperin Donghi, Gonzalo Rojas, Miguel Otero Silva, José Emilio Pacheco, Carlos Real de Azúa, Antonio Cándido, Juan Gustavo Cobo Borda, Rafael Gutiérrez Girardot, entre otros (Cf. Peyrou, "Prólogo" en Ángel Rama, *Diario 1974-1983*: 20).
- 6 Véase: www.bibliotecayacucho.gob.ve. Específicamente el link "Colecciones".
- 7 Véase: www.bibliotecayacucho.gob.ve. En el link "Quiénes somos" el lector podrá encontrar información oficial sobre la historia y el año de aparición de cada una de las colecciones que conforman el repertorio editorial de la Fundación.

- ⁸ El concepto de canon tradicional se aproxima a los esfuerzos del polémico crítico literario Harold Bloom, en la obra titulada *El canon occidental*. Para este autor, el canon es “[...] una ansiedad conquistada, al igual que toda gran obra literaria es la ansiedad conquistada por el escritor. El canon literario no nos sumerge en la cultura; no nos libra de la ansiedad cultural. Por contra, confirma nuestras ansiedades culturales, aunque ayuda a darles forma y coherencia” (1995: 535).
- ⁹ “[...] El mercado es condición de posibilidad para la existencia y circulación eficiente de los bienes simbólicos porque el Estado como patrón tiende a acaparar y reificar (en museos o bibliotecas, instituciones más rígidas y pasibles de control que el mercado, de por sí más dinámico e inaprensible), e impide una cotización que nunca es transparente pero sí contingente y variable, y sobre la que los escritores y críticos ejercen su poder. El mercado resulta así más hospitalario para la actividad de atribuir valor (evaluar), aunque sus resultados sean provisorios y contingentes” (Luis Cárcamo Huechante, Álvaro Fernández Bravo, Alejandra Laera, comps., 2007: 32).
- ¹⁰ Desconocemos el alcance real de esta iniciativa; sin embargo, no descartamos el hecho de que las tecnologías de información son en sí mismas excluyentes, debido a los niveles socioeconómicos en juego y la poca capacidad de consumo, sobre todo en países con profundas desigualdades económicas como es el caso de la comunidad latinoamericana.
- ¹¹ Entrevista a Humberto Mata por Richard Osuna, “La Biblioteca Ayacucho también trabaja por unión latinoamericana”, en *Todos Adentro*, Caracas, sábado 4 de octubre, pp.18-19.
- ¹² Entrevista a Humberto Mata por Diego Arroyo Gil, *El Nacional digital*, s/d, p.2.
- ¹³ También es necesario tomar en cuenta la labor de las mujeres prologuistas en las colecciones de la editorial. En la Colección Clásica, tenemos a: Margot Arce de Vázquez, Gilda de Mello e Souza, Mercedes de la Garza, Velia Bosch, Michelle Ascencio, Beatriz Sarlo, Ana María del Re, Mary Cruz, Liliana Weinberg de Magis, Susana Rotker, María Elena Rodríguez Ozán, Cecilia Hernández de Mendoza, Lucía Sala de Touron, María Josefina Tejera, Lisa Block de Behar, Margo Glantz, Ana Pizarro, Alba María Paz Soldán, Flora Ovares, Patricia Guzmán, Gloria Guardia, Ángela Inés Robledo y Lucía Guerra Cunningham; de la Colección Claves de América: Clara Rey de Guido, Mirla Alcibiades, Lupe Rumazo, Tarcila Briceño, Velia Bosch y Minelia Villalba de Ledezma; en la Colección Claves Políticas de América, tenemos a

Carmen Bohórquez; Colección Paralelos, está Maritza Jiménez; y de la Colección Futuro, se encuentran Carmen Ruiz Barrionuevo y Raquel Olea.

Referencias

- Bloom, Harold (1995). *El canon occidental*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Bourdieu, Pierre (1997). *Las reglas del arte*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Cárcamo-Huechante, Luis E.; Álvaro Fernández Bravo y Alejandra Laera (comps) (2007). *El valor de la cultura. Arte, literatura y mercado en América Latina*. Buenos Aires: Beatriz Viterbo Editora.
- Cella, Susana (comp.) (1998). *Dominios de la Literatura, acerca del canon*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Constitución de la República Bolivariana de Venezuela* (1999). Caracas: Imprenta Nacional.
- Daroqui, María Julia, *(Dis) locaciones: Narrativas híbridas del Caribe hispano* (1998). Valencia, Grup d'Estudis Iberoamericans y Tirant lo Blanch: Universitat de Valencia.
- Estudios, Revista de Investigaciones Literarias y Culturales*. Caracas, Departamento de Lengua y Literatura, Coordinación de Postgrado en Literatura, Universidad Simón Bolívar, Números 22-23, 28.
- García Canclini, Néstor (2007). *Lectores, espectadores e internautas*. Barcelona: Gedisa.
- García Canclini, Néstor y Carlos Juan Moneta (coords) (1999). *Las industrias culturales en la integración latinoamericana*. México: Editorial Grijalbo.
- <http://www.bibliotecayacucho.gob.ve/>
- <http://www.ministeriodelacultura.gob.ve/>
- <http://misioncultura.gob.ve/>
- Lasarte V., Javier (Coord.) (2001). *Territorios intelectuales (Pensamiento y Cultura en América Latina)*. Caracas: Fondo Editorial La Nave Va.
- Rama, Ángel (2001). *Diario 1974-1983*. Caraca: Ediciones Trilce, Fondo Editorial La Nave Va.
- Soler P., Yely M., *Trabajo de recopilación biblio-hemerográfica exhaustiva para la Fundación Biblioteca Ayacucho*. Informe de Pasantías presentado como requisito para optar al título de licenciada en Letras,

Voz y Escritura. REVISTA DE ESTUDIOS LITERARIOS. N° 21, enero-diciembre 2013. Pérez S., Yorgy A. *La Fundación Biblioteca Ayacucho en el marco de las políticas culturales de la Revolución Bolivariana...*, pp. 81-105.

Mención Lengua y Literatura Hispanoamericana y Venezolana, Tutor Académico: Gregory Zambrano. Mérida, Universidad de Los Andes, Facultad de Humanidades y Educación, Escuela de Letras, enero de 2007, pp.149

Todos Adentro, Semanario Cultural del Poder Popular de la República Bolivariana de Venezuela, Sábado 4 de octubre de 2008, n°233, año 5.

Yúdice, George, “La reconfiguración de políticas culturales y mercados culturales en los noventa y siglo XXI en América Latina” en *Revista Iberoamericana*, Vol.LXVII, N°197, octubre-diciembre, 2001, pp.639-659.